



RAYNER PEÑA/EFE

Más allá de lo tangible

El daño antropológico en el venezolano

Pedro Trigo, s.j.*

El país registra datos históricos desalentadores, si se quiere nunca antes vistos. La polarización y la pérdida de la institucionalidad; el recrudecimiento de la impronta autoritaria y el agotamiento del modelo rentista, entre otros elementos que se presentan a continuación, dan cuenta de un deterioro humano en los venezolanos que supera los límites de lo tangible

Un previo indispensable es clarificar que para que haya daño antropológico, lo mismo que para que haya beneficio, se requiere el concurso de nuestra libertad. Una situación nos puede afectar muchísimo, tanto en positivo como en negativo; pero no nos influye, si no nos dejamos influir; aunque se requiere una consistencia personal mucho mayor para que no nos influya una situación negativa que nos afecta mucho, que para que nos influya otra positiva.

El ejemplo más claro es Jesús en el Huerto: la situación le afecta tanto que confiesa que se está muriendo de tristeza, y sin embargo tiene la libertad de pedir al Padre que en definitiva se haga, no lo que él quiere, sino lo que quiere el Padre. Jesús en la pasión y cruz, cuando se consumía por la agresión, se consumaba como humano por el uso eximio de su condición de Hermano que muere llevándonos a todos en su corazón y pidiendo a su Padre perdón por los que lo habían condenado y lo asesinaban, y de su condición de Hijo, ya que muere arrojándose en los brazos de su Padre en el mismo momento en que siente su abandono.

Así pues, no hay deterioro antropológico si uno no deja que lo influya lo que lo afecta. Eso significa que, así como en el daño físico, uno muchas veces es solo víctima y no culpable porque lo apresan, o roban, o matan, o lo privan de la participación política, o lo echan del trabajo sin ninguna culpa; así, en el daño antropológico uno es también siempre autor y no solo víctima, es decir, en un grado mayor o menor es siempre también culpable.

EMPEZAMOS POR UNA SITUACIÓN HUMANIZADORA

Como el mal es una privación de bien, vamos a comenzar no por el daño antropológico sino por el beneficio antropológico. Ante todo, por esta razón, que vale en cualquier hipótesis: el mal no tiene inteligibilidad en sí, solo se entiende por el bien que niega. Además, hay una razón especial, tratándose del daño antropológico en Venezuela y es la siguiente: si tuviera razón Chávez, que sostenía que todo en la república venezolana había sido negativo menos Bolívar y Zamora, no tenemos ninguna esperanza en que seamos capaces de superar lo malo que nos aflige. Gracias a Dios, esa apreciación no tiene fundamento.

El punto de partida es la primera década de nuestra democracia. No había rentismo porque el petróleo rondaba alrededor de un dólar y las compañías petroleras se llevaban la mayoría de la ganancia.

Es el momento del cambio del mapa humano del país por la llegada masiva de campesinos a las ciudades, no solo buscando servicios sino con un inmenso deseo de aprender y crecer humanamente. El gobierno era interclasista: apoyó a las empresas que quisieron invertir en la sustitución de importaciones productivamente y pagando sueldos congruos. Y apoyó al pueblo dándole capacitación y educación, salud y seguridad a la altura del tiempo. Fue el único momento en que todos los venezolanos caminamos en la misma dirección ascendente. No solo hubo crecimiento exponencial en capacitación, producción y riqueza sino, más todavía, crecimiento en humanidad.

NO AVANZAR ES RETROCEDER

El primer frenazo de esa dirección vino en el gobierno de Caldera, que había basado la campaña presidencial en la promoción popular en organizaciones de base y al llegar a la presidencia no lo cumplió. Fue un tremendo frenazo para el crecimiento del pueblo y de profesionales solidarios, porque era lo que pedía el proceso histórico. Por eso, aunque fue el momento en que comenzó la inserción de la vida religiosa en ambientes populares, sobre todo en los barrios, y apoyaron muchas organizaciones que se crearon de la sociedad civil, el pueblo notó la falta de



CARLOS GARCÍA RAWLINS/REUTERS

apoyo del Estado, y en los que no tomaron una postura proactiva o no contaron con aliados se empezó a notar ese daño antropológico.

PÉRDIDA DE SUJETO Y SALTO AL RENTISMO

Pero el primer daño antropológico a gran escala ocurrió en el primer gobierno de Carlos Andrés, cuando subió abruptamente el petróleo y su nacionalización hizo que casi toda la ganancia entrara a las arcas de Estado. El daño se debió a dos factores: la falta de democracia, ya que no contó ni siquiera con su partido, sino con un cogollo y con un grupito de empresarios aupados por él: “los doce apóstoles”; y la falta que provocó en la condición de sujeto de los venezolanos, ya que lo que él llamó “el salto hacia la Gran Venezuela” fue tan abrupto que en gran medida se llevó a cabo a base de mano de obra importada, cuyo símbolo fue el *Cristóforo Colombo*, el barco anclado en el Caroní que sirvió de hotel residencia a empleados de alta cualificación porque todos los hoteles y residencias estaban completamente llenos.

El resultado, en los que no resistieron por la conciencia de su propia dignidad, fue el rentismo y el vivir muy por encima de sus posibilidades, derrochando lo que no habían ganado con el sudor de su frente y su alta capacidad y rendimiento. Fue un daño antropológico alegremente consentido por la mayoría, que no lo tenía por tal, al haber cedido a la alienación. Se formó un ambiente deletéreo del que no era fácil evadirse.

EN VEZ DE AUSTERIDAD PRODUCTIVA, IRRESPONSABILIDAD

Este daño antropológico propició el siguiente: el año 1979 fue el primer año en que cayó el poder adquisitivo de la cesta popular y el 83 comenzó a fluctuar y enseguida a caer el bolívar.

Este deterioro de disponibilidad monetaria no fue compensado por un aumento de productividad y por un frenazo consciente y consentido

en el consumismo. Lo que ocurrió fue que el Estado y el empresariado abandonaron al pueblo.

“Lusinchi es como tú”, slogan de su campaña, era una invitación desvergonzada a vivir irresponsablemente en un momento histórico que pedía a gritos vivir responsablemente.

DESPROTECCIÓN E INDIVIDUALISMO SIN AUMENTO DE PRODUCTIVIDAD

A mediados de los ochenta se empezó a sentir con fuerza el ambiente neoliberal, que ocupó el espacio mediático, a falta de un proyecto nacional. Diré que a mí es lo que más me ha afectado en mi vida. Hasta entonces estaba en la oposición; desde entonces me encontré fuera de base. Recuerdo que en una sola edición de *El Diario de Caracas* apareció hasta en cinco espacios la misma idea de que teníamos que felicitarnos porque el ser humano era egoísta, porque así cada quien ponía a funcionar todos sus talentos y la sociedad se dinamizaba hasta el extremo. No fueron pocos los que aceptaron esta norma de comportamiento y muchos de ellos se dedicaron no a cultivar sus mejores talentos, sino a aprovecharse descaradamente de la situación. ¡Tremendo daño antropológico!

Cuando Carlos Andrés, contradiciendo lo que había prometido en su campaña, quitó todas las subvenciones sin ninguna compensación para inaugurar un gobierno neoliberal, la desprotección del pueblo llegó a un nivel tan intolerable que se lanzó a la calle para conseguir alimentos que, descubrió, estaban acaparados esperando subidas de precios exponenciales. La primera noche se trató de un contagio de masas. En la segunda sí hubo daño antropológico serio en los que simplemente robaron lo que quisieron, en su mayoría no artículos de primera necesidad y no gente pobre. Pero el mayor daño antropológico fue en la tropa que reprimió sin ningún miramiento ni profesionalidad. Los miles que requirieron tratamiento siquiátrico evidencian esta tragedia.

REDIMIR AL PUEBLO CON TOTALITARISMO Y RENTISMO

Entre los que tomaron conciencia de que no se podía tratar al pueblo así estuvo Chávez, que desde entonces se dedicó a conspirar para cambiar radicalmente de dirección. La intención era buena porque la situación se había vuelto intolerable para la gente popular, no solo por la falta de condiciones de vida sino, más aún, por el abandono y desprecio vivamente sentidos.

Como no resultaron los intentos de golpe de Estado, recurrió a las elecciones pero, aunque cambió el método, no cambió el contenido: tenía mentalidad militar (que nada tiene que ver con ser de profesión militar) y pensaba que al que



JOHN MOORE/GETTY IMAGES

manda hay que obedecerle no deliberadamente. Desconocía, pues, la democracia.

Pudo ganar y mantenerse en el poder por dos factores: ante todo por ser un caudillo carismático. Fuera de Eva Perón y Velasco Ibarra, no creo que en toda la historia republicana haya otro en América Latina que pueda comparársele. Si uno no estaba muy sobreaviso cuando lo escuchaba por televisión, se dejaba arrastrar a su órbita. Fue un gobernante totalitario en el doble sentido de la palabra: en el literal, ya que quiso cambiarlo todo, conducirnos de una situación en la que pensaba que todo estaba mal “a la máxima felicidad”; y en el usual ya que, según él, solo él conocía el camino para llegar a ella y todos teníamos que obedecerlo.

Ahora bien, logró que lo obedecieran ante todo por su capacidad de unimismar en torno a él y, además, porque entró muchísimo dinero y en gran medida lo manejaba él a su antojo. Por si esto fuera poco, sostuvo que el socialismo del siglo XXI era un socialismo rentista, es decir, que para él no hacía falta explotar a nadie, sin caer en la cuenta de que el trabajo es un camino ineludible de humanización y no solo ni principalmente, aunque sí inexcusablemente, un medio de vida.

TODO PARA EL PUEBLO, PERO ENCANTADO Y RENTISTA

Al principio logró que el pueblo cobrara esperanza y recuperara su sentido de dignidad y lo politizó en el buen sentido; pero enseguida apareció el daño antropológico cada vez más severo. En primer lugar, por aceptar vivir “encantado”, es decir no solo fuera de la realidad sino alienado porque sí, como se escribía con “entusiasmo” en las paredes “yo soy Chávez”, no soy yo y si “todos somos Chávez”, Chávez nos robó la subjetualidad a los venezolanos.

Pero además los que aceptaron vivir de apoyar a Chávez se convirtieron en rentistas, se degradaron a adolescentes.



HENRY ROMERO/REUTERS



ROBERTO MONTICO/UNICEF

EL DAÑO DE LA POLARIZACIÓN EXCLUYENTE Y DE VIVIR DE ILUSIÓN

Pero, además, si el que no apoyaba a Chávez es que tenía mala voluntad y no merecía estar en el país, borrar de su corazón a los no chavistas es un daño antropológico muy serio.

A la larga, este último daño antropológico también lo padecen muchos antichavistas que viven todo el tiempo blasfemando de Chávez y ahora de Maduro. La alienación consiste en que el fetiche los ha hipnotizado y viven presos de él.

La mayoría de la izquierda venezolana (por no hablar de la latinoamericana) sí se alienó al quedar prendados y prendidos de sus palabras y no analizarlas críticamente, y menos aún sus acciones. El fondo de la alienación consiste, a mi modo de ver, en rendirse a la magia de las palabras para salvar su ilusión, porque “de ilusión también se vive”. Se necesitaba demasiada honradez con la realidad para no dejarse envolver por las palabras y reconocer que lo de Chávez no fue ninguna alternativa superadora respecto de lo que se venía dando en las últimas décadas del siglo pasado. Aunque tardíamente, bastantes sí han despertado de ese “sueño dogmático”. No pocos, al captar que no era demócrata por poner por obra descaradamente lo que propuso en el referendo que perdió.

Sin embargo, hay que decir que un número significativo de empresarios, después del paro patronal, sí han aprendido que tenían que componer las ganancias con la función social de la empresa, y han aumentado la productividad, y tratan congruente a sus trabajadores, por lo que son ellos los que los defienden de las agresiones del Gobierno.

EL DAÑO DE ENTREGARSE AL PODER Y A LA CORRUPCIÓN

Actualmente el daño antropológico es máximo en el Gobierno, que no gobierna, que ha desmantelado al Estado y que solo se preocupa de perdurar y mantener seguro lo que esquilmo.

Lo mismo podemos decir de los cuerpos de seguridad, que se desentienden en gran medida de la seguridad ciudadana y se ocupan, casi únicamente, en reprimir a los opositores, torturarlos y desaparecerlos. Lo mismo podemos decir del Ejército, sobre todo de los altos mandos.

Un daño antropológico masivo es la corrupción, que puede estar afectando a más de cuatro millones de compatriotas nuestros de todas las clases sociales, y que va a ser muy difícil de remediar y va a requerir una altísima dosis de humanidad para lograrlo, pero que, si no se logra, impide la vida democrática. Si en lo que venga no se trabaja seriamente en la rehabilitación de estos venezolanos no solo no va a ser viable el país, sino que es un indicio del daño antropológico de los que solo piensan en resarcirse, en que la paguen, y no se hacen cargo de que la realidad pide una alternativa superadora y no la *vuelta a la tortilla*.

SOLO LA HUMANIDAD DESMONTA LA INHUMANIDAD

En conclusión, aunque el daño económico e institucional es devastador, es mayor y más difícil de erradicar el daño antropológico. Para superarlo no bastan préstamos ni planes bien montados y llevados con rigor; es imprescindible una enorme dosis de calidad humana.

Solo quienes hayan aprendido de esta tremenda desgracia podrán llevarlo a cabo. ¿Existe esa masa crítica? Tenemos que hacer todo lo posible por pertenecer a ella y por lograr que exista.

*Teólogo. Investigador del Centro Gumilla.